

Una crónica de provincias

Recordarán que les hablé de Saida. Fue hace unas semanas y, sí, en efecto, era la misma Saida de la que estos días escribo en *La Provincia*, la homicida. Ya sé que no parece que fueran la misma persona. La de días atrás era, como les expliqué, una muchacha bellísima, como un cromo, pequeñita, delgada y la piel y el cabello del color de la miel. De la que ahora escribo es de esa a quien la policía detuvo por estar implicado en la muerte de un marine. Si, un marine, uno de esos negros como armarios roperos que visitan la ciudad una vez al año. Cuando supe la noticia, yo me pregunté lo mismo: ¿cómo iba esta niña a asesinar a un toro de lidia? Pues sí, afinaron el morlaco ya venía herido de amores y la niña, esta última vez, le dio el puntillazo de gracia aprovechándose de sus cuernos. Lógicamente, en mis crónicas soy más ligero, menos escabroso si quieren, y mantengo la intriga que ahora a ustedes casi les he revelado por completo. Pero en mi última columna sobre el tema, que tengo previsto realizar la semana entrante, cuento todo lo que sé sobre Saida o, mejor, casi todo... porque, como bien comprenderán, mi papel en la historia (que casi acaba con mis huesos junto a los del yanqui) es mejor que quede aparte para no ensombrecer la veracidad de la historia.

Como ustedes no ignoran, desde mi llegada a la isla siempre había deseado intimar con los círculos artísticos. No porque me hiciera falta, evidentemente, sino por el mero placer intelectual del trato con músicos y escritores. Tan mal me fue en mi pretensión que empecé a pensar si simplemente lo que ocurría es que no había en esta isla tales especímenes, o si habían emigrado al continente en busca de mejores oportunidades dado lo menguado (no se me ofendan: hay que reconocerlo así) de la vida cultural local. Una tarde, la becaria que usamos para cubrir la sección de local me llamó a las siete avisando que no podría cubrir los actos del día de San Juan en la plaza del ayuntamiento. Como no había manera a esa hora de encontrar a nadie que la sustituyera, y dado que tampoco tenía nada mejor que hacer, me decidí a asistir yo mismo al acto en cuestión. Como otras veces, podía haber usado las fotos del reportero gráfico para luego escribir un par de columnas loando los "magníficos fuegos de artificio", la "perfecta organización", el éxito de la "asistencia de público" y otras generalidades trufadas de nombres de la prosapia local. Sin embargo, para

allá que me fui a las nueve de una noche que era fresca e incluso amenazaba lluvia. Al llegar a la plaza, no me costó trabajo encontrar a nuestro fotógrafo cerca de la tribuna de autoridades. No lo conocía personalmente porque hace mucho tiempo que todos usamos personal externo, eso que se llama en el gremio un *free lance*, pero el elegido esta vez iba vestido como era de esperar con el aspecto del fotógrafo aguerrido: pelo largo que tenía que apartar con la mano cada poco, bolsa grande con los archiperres, chaleco de mil bolsillos y ademanes "artísticos" al hacer cada foto a una tribuna formada por el alcalde (el clon de otro político de su partido, incluido el bigote, a la sazón presidente del gobierno), varios concejales, un par de curas con cargo y un militar. Enseguida empezó el espectáculo que consistía en una narración *en off* pretendidamente poética, pero de la que apenas se entendía nada por lo malo de la megafonía, y una música, que acompañó todo el acto, y que su autora (según constaba en una especie de programa de mano que unas muchachas repartían) había compuesto para la ocasión. La música, poco a poco, fue declarando sus intenciones medio líricas, medio épicas, con mucha percusión en los momentos álgidos y violines y coros en los intimistas. La actuación incorporaba también un funambulista que bajaba por un cable del balcón del ayuntamiento hasta la entrada de la catedral y de unos fuegos artificiales que cerraban el acto inaugural de las fiestas. Así pues, saludé a los conocidos y a las autoridades e iba a volver a mi casa cuando el fotógrafo se acercó a saludarme, pues parecía que él si me conocía. Era un tipo agradable, como puede como suele serlo los que esperan cobrar un dinero por su trabajo. A su lado, vi por primera vez a Saida a quien me presentó como su ayudante. No pregunté por el tipo de ayuda que le proporcionaba, toda vez que el tal Baez, como se llamaba el melenas, seguía acarreando el bolsón y las cámaras e incluso un trípode. Hablamos de las fotos, de otros trabajos anteriores que había hecho y de algunos conocidos comunes del periódico. La plaza se había ido quedando vacía y los barrenderos empezaban a limpiar por el extremo cuando Baez me propuso ir a tomar algo con ellos. Ellos, en un gesto que hizo con la mano, eran Saida, un par de muchachas que supuse eran del elenco artístico de la inauguración, él y una mujer que se ayudaba de un bastón para caminar por una lesión, según dijo, en su pierna y también a causa de su edad. Yo acepté y acabamos en una agradable e intrascendente cena a base de tapas locales en un bar típico. La mujer coja resultó ser la compositora que había elaborado la pieza central del acto. Saida estaba a mi lado y alternaba la conversación conmigo y con la autora en un tono de interés y dedicación que me hizo suponer cuáles eran las tareas principales a las que se dedicaba para ayudar al tal Baez. Pronto, la cena fue subiendo de volumen animada por los chistes que hacía el

funambulista y el consumo de vino, primero, y luego de ron-miel. La compositora, prácticamente ebria, se empeñó en tararear la música inaugural e incluso en recrear la percusión con ayuda de un vaso sobre la mesa. No voy a ocultar que yo estaba también francamente alegre y satisfecho por los derroteros que estaba alcanzando la cena, tanto por las bebidas como por la compañía que me halagaba (tarea difícil cuando no conoces al agasajado de nada) e inflamaba con su perfume, su escote abierto que dejaba entrever un buen pecho moreno sin sujetador y las piernas nerviosas que bailoteaban rozándose en minifalda contra las mías. Ya sé que mirándome a la cara, y al cuerpo, y conociendo mi edad, lo más juicioso hubiera sido cenar y reírme, exclusivamente, pero ¿qué hombre es capaz de dejar a un lado definitivamente la escopeta de su ego? Después de aquel día, coincidí con Báez en otros actos y celebraciones a los que acudía porque le enviaban del diario (le mandaba yo) para hacer sus reportajitos. Así que una o dos veces por semana la ayudanta acudía a mi despacho con las fotografías obtenidas o a llevarme facturas para mi aprobación. Hablábamos poco en esas ocasiones, aunque un par de veces la invité a café en el bar de abajo e incluso le ofrecí una comida que ella no aceptó. No me importó gran cosa porque estando sobrio reconocía su evidente belleza y mis escasas posibilidades amorosas. Las fotografías, además, eran buenas (todo lo buenas que pueden ser las fotos de la boda de un concejal o de la inauguración de una regata tradicional) y no tenía motivos para reducir el trabajo que había ido encomendando a Baez. Así que, suponía, todos estábamos contentos. El reportero y su ayudanta, el periódico y yo mismo por no haberme metido donde no me llamaban.

Por cierto, ¿se acuerdan del profesor Cabrera? En efecto, el mismo que recorría a diario la calle Triana con la barba blanca, su boina y un palo enorme en la mano rematado de una crucecita ridícula de metal. El excéntrico personaje (al menos lo era para mí, que sólo lo había conocido calle arriba, calle abajo, regañando a chiquillos y a perros con su vara), como sabrán por qué lo publicamos en la sección de necrológicas del periódico, fue encontrado muerto en su domicilio cuando una vecina denunció el mal olor que salía de su piso. El resto es bien conocido: la policía que se presenta, tira la puerta abajo y el fiambre del abuelo tirado medio desnudo en medio del pasillo. Uno de tantos viejos que fallecen solos sin que nadie de la familia ni de los servicios sociales se ocupen de ellos.

De hecho, yo mismo escribí una editorial al respecto mentando la deshumanización de la sociedad y todo eso, pero lo que no publicamos, porque así nos lo pidió la policía, es que el viejo profesor había sido asesinado y que faltaba dinero, mucho dinero que el muerto acababa de sacar de la cartilla esa misma mañana. Dinero que no estaba en la casa.

Poco después supe, y no me gustó nada, que el tal Báez era sobrino del difunto. La noticia me dio mal olfato, pero como no sabía nada más pensé que serían manías mías... hasta que uno de los redactores entró en mi despacho para quejarse de que no podían publicar dos de sus reportajes porque el fotógrafo no se había presentado y no tenían con qué ilustrarlos. Así que mi favorecido estaba desaparecido... más o menos desde la fecha del fallecimiento del profesor Cabrera. Esa misma tarde, acudí al estudio del fotógrafo con la excusa de encargarle personalmente un trabajo completo para el próximo número especial que pensamos publicar sobre el famoso pintor simbolista que hoy ocupa una de las mejores salas del museo de Bellas Artes. Un tipo fascinante ese pintor... pero nadie respondió a mis timbrazos ni en el estudio ni en la vivienda que Baez ocupaba en la planta superior. Iba ya a volverme al periódico cuando la voz de Saida tras de mí me hizo girarme. La recuerdo como si le estuvieron viendo en una de las fotografías de su amante, con pie de foto y todo: "En la imagen de la derecha, la perversísima Saida, lolita isleña a quien se relaciona con dos o tres señeras figuras de la vida social de nuestra capital, a punto de embaucar a su nueva presa". No voy a aburrirles con lo que un tipo como yo (pese a mi apariencia dura, ¡aún guardo una arista juvenil y enamoradiza en mi corazón!) pudo sentir cuando la muchacha dijo hola tú por aquí, y se levantó sobre sus puntillas para darme un único beso. Ese peso, pequeño y untuoso, de muchachita, no me lo dio en la mejilla como era de esperar, sino directamente sobre los labios. Al recibirlo, mis manos apenas tocaron su torso envuelto en una camisa blanca de seda y en su perfume. Si buscas a Báez, dijo continuación, no está. Hace unos días que se ausentó... tiene un encargo de un banco para un publireportaje en la isla de enfrente. Mientras hablaba, moviendo mucho las manos, yo miraba a una niña chica, de tres ó cuatro años, que detrás de ella aguardaba muy formalita dándole gusto a un chupete enorme de goma oscura. La niña era mulata, casi negra del todo, con sus caracolillos en el pelo y unos ojos enormes, igual que un burrito.

- Y esta niña tan guapa, ¿de quien es?

- Es mi niña -dijo Saida- se llama Penélope. ¿Verdad que es muy guapa?

Iba responder que claro, que cómo no iba a serlo con una madre como ella, pero me pareció tan prosaico y que hasta para una adolescente como Saida debía ser una respuesta manida que tantos le habrían dado comiéndosela con los ojos. Yo también me la comía así, pero nunca me han gustado las cosas tan obvias y chabacanas, sobre todo con una muchacha a la que más que doble la edad. Una mujer, que miraba desde el portal de enfrente, cruzó la calle y cogiendo a la niña de la mano se la llevó a la carrera sin saludar

siquiera. Saida dijo que si quería pasar. No dijo con qué objeto y bien podría haber añadido una excusa para la invitación: ver la obra del fotógrafo, conocer el estudio, interesarme por las nuevas máquinas japonesas recién adquiridas... pero hay personas como Saida que desde jóvenes no tienen pudor para desnudar sus intenciones, para mostrarlo sin afeites ni puntillas. Así pues, pasamos a lo que resultó ser el estudio de Baez: un gran cuarto, sin duda una antigua cochera, con un pequeño plató con focos y un montón de objetos desparramados por los rincones como si fuera un almacén de atrezzo. Aquí hacemos las fotos de estudio, dijo Saida, y hace un par de años que nos encargamos de las fotos oficiales del carnaval. Yo dije que no llevaba suficiente tiempo en la isla, que apenas había visto un carnaval y que francamente a mi me aburrían esos tipos de fiestas donde, por lo que ya había visto, la diversión consistía en que todo los tipos que conocías se vestían de mujeres que te tocaban el culo al pasar. Eso el primer día, porque el segundo la cogorza era tan grande que ya no reconocían el qué ni a quien tocaban. Ella se rió y dijo algo así como que también había otras maneras de pasárselo bien y dio unos pasos de baile que afortunadamente paró enseguida.

- Dime -siguió diciendo Saida tras su conato de danza- ¿tú crees que podría ser fácil encontrar también trabajo de fotógrafa en otro de los periódicos de la empresa editora?
- Pero ¿no eres ayudante de Báez? –repuse yo-
- Bueno, – contestó enseguida sin muestras de estar azorada- no voy a estar toda la vida siendo la ayudante de alguien... me gusta tomar y dirigir mi propio camino.

Fue entonces cuando todo ocurrió, rápido, como en una mala película. La muchachita volvió a levantarse sobre sus puntillas y de nuevo me besó. Esta vez no era, desde luego, un beso de chavalina y mientras duró tuve tiempo de acariciar su cuello y todo lo que pudo encontrar bajo la camisa de seda. Mi cuerpo empezaba a exigir más y la fui encaminando contra una pared. En ese instante, justo cuando los omóplatos de ella tocaron contra el muro y mis labios contra su cuello, dos timbrazos resonaron en el estudio. Baez, pensé. Lo que no me pareció especialmente grave aunque sí inoportuno, desde luego. Saida se libró de mi opresión y fue a abrir sin molestarse en abotonarse de nuevo la camisa. Abrió y en vez de Báez apareció un tipo enorme, negro como la noche, vestido de marinero con un gorrito ridículo sobre la cabeza. La situación, hay que reconocerlo, era absurda y propia más de un tebeo que de un vodevil. Pero no cabía duda: yo estaba encerrado en un estudio fotográfico casi en penumbras con una muchachita (que era madre de una niña mulata) y un marine negro muy enfadado a tenor de las voces que

profería. Las voces eran en inglés y yo nunca he sabido decir nada más que mai teilor is rich. Pero no cabía duda de que el marine no tenía buenas relaciones con Saida y, desde luego, tampoco está con él porque desde su breve altura también le gritaba e incluso intentaba empujarle. Irremediablemente, el tipo acabó viéndome y vino por mí. Yo esperaba un discurso y unas voces, lo que estaba dispuesto a soportar perfectamente sin perder la compostura, pero en vez de eso el tipo llegó a mi lado, me miró los ojos y, sin decir nada, me pegó un sopapo que me lanzó al otro lado del estudio, justo al lado de la puerta. Por suerte, el marine sólo me dio con la mano abierta, como se debe pegar en el Harlem a una novia díscola, así que instantes después de haber recobrado el sentido y algo de vertical, yo salía corriendo a cuatro patas por la puerta que se había quedado entreabierta. No miré atrás, lo juro. Únicamente corrí hasta mi coche y, después, al despacho. El resto ya lo saben: alguien avisó la policía (han dicho que fui yo, pero Dios sabe que ni se me ocurrió) que al llegar se encontró con el negrazo tieso, con un cuchillo jamonero clavado en el corazón, y a Saida lavándose las manos en el cuarto de baño. Una señora, con una niña mulata de pelo ensortijado de la mano, hacía aspavientos en la puerta.

Apenas unas horas después, la guardia civil detenía a Baez en el ferry a la península acusándole del asesinato del profesor Cabrera. Al registrar el camarote, una importante cantidad de dinero se hallaba en su equipaje.

Saida, por su lado, está presa acusada de homicidio, pero todos –salvo la embajada de los Estados Unidos- esperamos que salga pronto en libertad ya que toda la opinión pública está a favor de la adolescente asaltada por el marine que ya la violó anteriormente y, además, la preñó. Únicamente estropea su imagen de muchacha candorosa, atropellada, la declaración de Baéz, quien jura que fue ella la que le obligó a matar al viejo para irse a vivir juntos a Inglaterra con la pasta.

Yo, y por eso les he reunido hoy aquí, he pedido el traslado a otro periódico de la cadena en el norte de España. Se lo agradezco, se lo agradezco, pero estaré perfectamente. Es una ciudad sin puerto y sin carnaval. Ni siquiera hay teatro ni escultores ni pintores conocidos y he sabido que nuestro reportero gráfico a tanto la foto lleva boina, fuma bisontes y le quedan tres años para la jubilación. Todo es tan previsible que allí resultará imposible que una adolescente te bese en los labios declarando lo que le gusta elegir un camino, su propio camino.

